

Algunos antecedentes históricos de la migración china a Cuba en la segunda mitad del siglo XIX

Some historical background of Chinese migration to Cuba in the second half of the 19th century

Recibido: 5 de septiembre de 2025

Aceptado: 10 de diciembre de 2025

Autora: Dra. Xu Suxiang*

Universidad de Lishui

Resumen: Como todo proceso migratorio, el encuentro cultural chino-cubano estuvo condicionado por las desigualdades de poder que existían entre la sociedad cubana como receptora de los emigrantes y China como sociedad emisora. Al retomar las relaciones históricas entre ambos países, se reconocen las terribles condiciones en las que arribaron los primeros chinos a la isla de Cuba. De forma similar fue la suerte que corrieron los inmigrantes chinos en los Estados Unidos, fundamentalmente los californianos, quienes, maltratados y ridiculizados, también ingresaron en Cuba buscando mejores tratos sociales y las posibilidades de inversión del capital adquirido como

* Dra. Xu Suxiang. Email: 410530952@qq.com. Profesora de la Facultad de Estudios Étnicos, Universidad de Lishui, China. Máster en gestión del Turismo por la Universidad de La Habana (UH). Doctora en Ciencias Históricas por la UH. ORCID: 0000-0002-3362-8801.

mano de obra en las minas de oro y en la construcción del ferrocarril. Al llegar a la Isla, ambos grupos ocuparon un escaño social diferente basado en el poder que otorga el dinero para diferenciar a los individuos, aun siendo coterráneos. Sobre las vías y maneras utilizadas por los ex culíes y los californianos para incluirse socialmente en la sociedad cubana, tratará este artículo.

Abstract: Like all migratory processes, the Chinese-Cuban cultural encounter was shaped by the power imbalances that existed between Cuban society, as the recipient of the immigrants, and China, as the sending society. Reviewing the historical relations between the two countries reveals the terrible conditions under which the first Chinese arrived on the island of Cuba. A similar fate befell Chinese immigrants in the United States, particularly those in California, who, mistreated and ridiculed, also came to Cuba seeking better social treatment and opportunities to invest the capital they had earned working in the gold mines and on railroad construction. Upon arriving on the island, both groups of immigrants occupied different social positions based on the power that money confers to differentiate individuals, even among those from the same country. This article will examine the ways and means used by the former indentured laborers and the Californians to integrate themselves into Cuban society.

Palabras clave: asociaciones, chinos, Cuba. Esclavitud, estereotipos.

Keywords: associations, Chinese, Cuba, slavery, stereotypes.

Introducción

Los estudios sobre la migración china, siempre constituyen un tema de gran interés para los historiadores por las diferentes culturas que confluyen en esta nación y que, en el proceso de diáspora hacia otros continentes, contribuyen a la divulgación de una cosmovisión del mundo que aporta y enriquece la identidad de

otras naciones y aportan experiencias desde la cultura, los sistemas de trabajo, la educación, el pensamiento filosófico, económico, religioso, la alimentación, el vestuario, el arte, la medicina, entre otros aspectos.

Sobre las consecuencias de las diferencias del poder en la formación de la identidad, Stuart Hall (1996), teórico cultural y sociólogo jamaicano considerado uno de los principales referentes de los estudios culturales apunta que las identidades «emergen en el juego de modalidades específicas de poder y, por ello, son más un producto de la marcación de la diferencia y la exclusión que signo de una unidad idéntica y naturalmente constituida [...] las identidades se construyen a través de la diferencia, no al margen de ella» (p. 18). Si hoy podemos expresar que en el proceso de formación de la identidad cubana se evidencia la huella de la cultura china, tenemos que referirnos, inevitablemente, a las relaciones de poder que una cultura estableció sobre la otra.

Como es de suponer, sin darse cuenta, los inmigrantes chinos comenzaron a transformar algunos de sus hábitos para integrarse en los nuevos colectivos que les rodeaban; también lo hicieron voluntariamente al encontrar semejanzas culturales que no quebraban radicalmente sus tradiciones y, en la mayoría de las veces, desde la propia entrada al país con la nueva condición social de contratados sufrieron la pérdida de la libertad, a la vez que fueron obligados a aceptar nuevos hábitos alimentarios, laborales y de convivencia inimaginables lo que conllevó, de forma gradual, a un conjunto de transformaciones identitarias.

Al construir la periodización histórico-temporal de las migraciones chinas hacia Cuba, es fácil percatarse de que cada oleada estuvo marcada por situaciones internas profundamente relacionadas con la economía y la política en ambas sociedades. A finales de la primera mitad del siglo XIX, se introdujeron importantes modificaciones en los procesos agrícolas de la Isla que exigieron una mayor cantidad de fuerza de trabajo, mientras que, en el plano político, Inglaterra obligó a las autoridades españolas a concluir con la ignominiosa trata de personas africanas esclavizadas, lo que acentuó el déficit de mano de obra en el segmento agrario de la economía.

Sobre la situación económica y política de China, refiere el historiador cubano Mauro G. García Triana (2003) que «en el siglo XIX las Guerras del Opio y sus consecuencias fueron nefastas para China en pérdida de soberanía e independencia, en retraso económico y social» (p. 16). Estos acontecimientos propiciaron la migración masiva de chinos a las Américas, geografía distante pero llena de oportunidades laborales para el sexo masculino, en su mayoría joven y acostumbrado a trabajar la tierra.

En Cuba «entre 1851 y 1874 se estima la entrada de 150 000 culíes chinos [...] y el 93% procedía de la provincia de Guangdong», según refiere el historiador cubano Juan Pérez de la Riva (2000, p. 11). Si bien es cierto que hubo otras oleadas migratorias de chinos a la isla, la llegada masiva de los culíes ha sido la más referida en las investigaciones históricas por la importante repercusión en las relaciones chino-cubanas.

Sobre las consecuencias que se derivan de estos encuentros culturales en condiciones desiguales, Kevin Robins (1966), profesor de sociología de la Universidad de Londres y experto en dinámicas interculturales, explica que «el cambio implica la capacidad de abandonar al menos algunos aspectos de una identidad dada. Es probable, sin embargo, que esta situación provoque en la colectividad sentimientos de angustia y temor» (p. 107).

Ideas compartidas como desarrollo

Este análisis se subraya con la descripción que hace Pérez de la Riva (2000) sobre la situación de los culíes y las formas de enfrentamiento cuando relata que «aislados, rechazados por unos y por otros, blancos y negros, el chino se ensimismaba aún más y fortalecía sus fratrías. Rápidamente se crearon en La Habana dos zonas de actividad y concentración de los chinos liberados, el ultramarino pueblo de Regla [...] y la zona aledaña a la franja de Zanja y Reina» (p. 248). Así, este primer grupo de chinos emigrantes, poseedores de una vasta y sólida riqueza cultural sostenida por un

pensamiento filosófico y un conjunto de valores celosamente protegidos, comenzaron a construir mecanismos de defensa con el fin de sobrevivir a un proceso de cambio radical en el que se mantuvieran preservadas sus milenarias tradiciones.

El año 1858 marcó el inicio de los mercados chinos en la calle Zanja, cuando dos culíes establecieron sus pequeños negocios y fueron secundados, poco a poco, por otros paisanos que, libres de los contratos, unían sus ahorros y colocaban un modestísimo «puesto de víveres o una minúscula fonda» (p. 250). Casi siempre, el sitio de la venta funcionaba como vivienda, físicamente descrita como lugar estrecho, oscuro, sin ventilación, con los olores característicos de la elaboración y cocción de alimentos, la maduración de las frutas mezclada con los hedores desagradables de las verduras que no se lograban vender. No era un ambiente agradable el de estos negocios-viviendas, donde se exhibían de conjunto los productos y la pobreza de sus vendedores.

En tanto se desarrollaban estos hechos, se produjo una segunda entrada de chinos a Cuba, a la que los historiadores confieren una significativa importancia, entre otras causas, porque no llegaron directamente del continente asiático, sino de California en los Estados Unidos, adonde arribaron motivados por los mismos intereses económicos que movieron a los culíes hacia muchos países de América. Tampoco fue grata su estancia en el país norteamericano, donde, después de trabajar duramente en las minas de oro y en la construcción del ferrocarril, principalmente, se convirtieron en víctimas de las más crueles manifestaciones de xenofobia.

Esta dramática situación los conminó a buscar otros territorios para desarrollar sus actividades comerciales, que ya gozaban de prestigio y reconocimiento; la fecha exacta de su llegada a Cuba no es coincidente entre los historiadores. Pérez de la Riva (2000) apunta que «en la

década del 70, comenzó a llegar a Cuba una nueva categoría de chinos, los californianos [...] capitalistas más o menos ricos y no proletarios [...], las actividades económicas [...] no parecen haber sido muy limpias por lo menos con nuestro criterio moral» (p. 258); mientras, el también reconocido historiador cubano Baldomero Álvarez Ríos (1995) registra que «en la primera década de los años 60 del siglo XIX se inició una arribazón a La Habana de chinos residentes en amplias comarcas del estado de California, en el Pacífico, adonde habían llegado años atrás en lo que se dio en llamar la "fiebre del oro"» (p. 57).

Lo que sí es compatible en la información histórica es que los californianos poseían ciertos recursos económicos que utilizaron para desarrollar sus actividades comerciales, pero desde el inicio se distancian de los exculíes, así revela De la Riva (2000):

Estos chinos adinerados se apartan del naciente barrio chino y se instalan en La Habana Vieja, buscando la vecindad de los grandes importadores peninsulares. Con el concurso de capitales de San Francisco y Hong Kong, esta nueva capa social progresa rápidamente y establece sucursales de sus negocios en todas las provincias occidentales y hasta en Caibarién y Remedios. (p. 251)

Como se puede apreciar, los californianos se reconocieron superiores respecto a los culíes bajo la condición diferenciadora que, en ocasiones establece el dinero y, así se proyectaron culturalmente frente a la sociedad receptora y el resto de los inmigrantes, lo que incluyó a sus paisanos.

No es difícil comprender que este colectivo traía una visión diferente de la realidad respecto a la que tenían los culíes, porque sus experiencias como emigrantes eran diversas al igual que sus actuales condiciones de vida, tanto sus expectativas como las aspiraciones distaban mucho entre sí, lo que evidenciaba que «las identidades nunca son singulares, sino construidas de múltiples maneras a través de discursos, prácticas y posiciones diferentes, a menudo cruzados y

OFICIOS/

antagónicos. Están sujetas a una historización radical, y en un constante proceso de cambio y transformación» (Hall, 1996, p. 17).

Es indiscutible que el contexto modifica los criterios y las perspectivas de los individuos, en este caso los culíes habían llegado a Cuba de forma espantosa y pasado el tiempo continuaban sumidos en la pobreza, lo que denotaba en ellos una perceptible timidez, efectos derivados según el prominente sociólogo inglés Anthony Giddens porque «la vergüenza roe las raíces de la autoestima y es evidente que tiene relación estrecha con la experiencia, más atemperada, de la "turbación"» (Giddens, 2011, p. 41) ;sin embargo, los californianos que también habían conocido las resultantes de la migración, tenían un patrimonio consolidado, que le había sido negado históricamente a sus predecesores.

El sociólogo inglés Nikolas Rose (2011) justifica la situación al explicar que

a la linealidad, unidireccionalidad e irreversibilidad aparentes del tiempo podemos contraponer la multiplicidad de lugares, planos y prácticas. Y en cada uno de estos espacios se activan repertorios de conducta que no están limitados por la piel humana ni contenidos en forma estable en el interior del individuo: son, antes bien, redes de tensión a través de un espacio que confiere a los seres humanos capacidades y poderes en la medida en que pueden alcanzarlos en ensamblajes híbridos de conocimientos, instrumentos, vocabularios, sistemas de juicio y artefactos técnicos.

Como puede razonarse, los dos colectivos sufren afectaciones socioeconómicas que los conminan a formar parte de la cadena migratoria, y conocen en la piel los efectos de su nueva condición social, pero las posibilidades de supervivencia en ambos casos fueron diferentes. Los californianos trajeron el vigor y el empuje que concede la independencia económica y, además, la disposición para alcanzar un estatus social importante en la nueva sociedad receptora.

Si bien es cierto que esta nueva oleada de inmigrantes contaba con recursos económicos que les resultarían favorables, hay que señalar que también

fueron blancos de las críticas y ataques de una parte de la sociedad cubana que ya los consideraba como «el peligro amarillo», estereotipo racial adquirido en los Estados Unidos y México, fundamentalmente.

Sobre el origen de ello, el experto en estudios socioculturales Damian Adame Arana (2014) opina que «tanto en California como en el noroeste de México, los inmigrantes chinos fueron objeto de campañas xenófobas en su contra con aparentes motivos de competencia laboral y comercial; sin embargo [..], la raíz de esos problemas está relacionada con cuestiones raciales y culturales» (p. 5). Este investigador mexicano establece nexos entre el desarrollo de la antropología y las categorizaciones humanas concebidas en el siglo XIX, que tenían como fin marcar a través de las características físicas de los inmigrantes chinos, las distancias sociales con las clases empoderadas en las sociedades receptoras.

Desde el momento de su llegada a Cuba, los culíes habían sido objeto de críticas y burlas por parte de sus propios empleadores, quienes los veían como seres inferiores por la estructura física, el modo de caminar y otros rasgos inherentes a su cultura; a esto se añade que, dentro de la sociedad cubana la doctrina eugenésica, elaborada en 1883 por el antropólogo inglés Francis Galton y definida como «la ciencia del mejoramiento del linaje», comenzaba a ganar seguidores dentro de la intelectualidad de la Isla.

Los historiadores de la ciencia Armando García González y Raquel Álvarez Peláez (1999), estudiosos de la influencia de esta corriente científica en Cuba manifiestan que Galton «partía de la premisa esencial de que todos los caracteres de los seres vivos, eran hereditarios, de manera que la influencia del medio resultaba mínima en el desarrollo de los individuos» (p. 24). Al asumir como sustento estas ideas, influyentes personalidades de la vida económica y social cubana, entre ellos José Antonio Saco, comenzaban a mostrar en sus discursos el rechazo a los culíes.

El historiador cubano Juan Pérez de la Riva (2000) asevera que «a mediados del siglo XIX Cuba había entrado ya en “el tiempo del desprecio”» (p. 25), y al explicar las causas que provocaban ese odio enfermizo, cita al historiador y ensayista Manuel Moreno Friginals quien, con expresiones irrefutables, se refiere al «miedo, la aversión y la seguridad de que no eran parte integrante de la nación». Un trato justo según los eugenésicos españoles y criollos de la Isla, consistía en limitar su espacio público para que no se mezclaran con los de rancio abolengo, ofrecerles las peores posibilidades laborales y los más indignos salarios, en fin, ubicarlos en la más baja escala social cubana por debajo del resto de los inmigrantes y de las personas negras esclavizadas.

No se limitó este pensamiento a lo más rancio de la sociedad cubana. Tanto en La Habana como en otras ciudades del centro y el oriente de la Isla adonde fueron trasladados los chinos, muchas personas ignorantes se manifestaban con desconfianzas y prejuicios respecto a ellos, lo cual también señala Pérez de la Riva al apuntar que «el temperamento reservado y su semblante, extraño entre nosotros, se le antojaban, a la plebe inculta y fanatizada de las ciudades, como signos reveladores de un carácter huraño y malévolo» (p. 53).

Tenían todo para perder los pobres contratados y, a la desgracia de vivir en condiciones de semiesclavitud y de ser rechazados por la mayoría de la sociedad, se le añadiría la animadversión de los representantes de la iglesia porque «El clero en el interior, ignorante y fanático como el que más, no perdía ocasión de agitar las más viles pasiones contra ellos, tratándolos de herejes, diablos amarillos, etc., causantes de cuantos males podían ocurrir en el vecindario» (p. 253). Contra estas afrentas, los culíes mostraron varios comportamientos, aunque en sus decisiones les fuera la vida: muchos se suicidaron, otros se volvieron cimarrones y un número considerable se unió al proceso independentista para obtener su plena libertad.

Ha sido preciso rememorar las diferencias entre las formas de vida de los culíes y los californianos con respecto a los planos económico y

social, para insistir en la idea de que la llegada de los segundos, con holgadas condiciones económicas, no significó por sí misma, una inmediata aceptación en la isla; era aplastante el peso del estigma de sus coterráneos a lo que se sumó un sinnúmero de noticias negativas sobre su paso por los Estados Unidos, fundamentalmente referidas a la aceptación de bajos salarios y el acaparamiento del mercado laboral creando conflictos con los inmigrantes y los nacionales.

En medio de situaciones de discriminación tan agudas, el teórico del poscolonialismo de origen indio y profesor de Harvard Homi K. Bhabha (2011), experto en cuestiones culturales señala que «El sujeto o la comunidad discriminados ocupan un momento contemporáneo que es históricamente inoportuno, postergado para siempre» (p. 99). Entonces, no debe ponerse en dudas de que el tránsito de la comunidad china por Cuba estuvo repleto de inconvenientes y marginalidades aunque, décadas más tarde, el país cambiara de condición política.

La historia de la humanidad recoge incontables ejemplos de mancomunidad entre migrantes del mismo origen, aun con experiencias disímiles que no siempre son comprendidas por los investigadores; al respecto, Nikolas Rose (2011) afirma que «contra quienes sugieren que en cualquier cultura específica predomina un único modelo de la persona, es importante destacar la heterogeneidad y especificidad de los ideales o modelos de la individualidad desplegados en diferentes prácticas, y su articulación con respecto a problemas y soluciones específicas concernientes a la conducta humana» (p. 223). La humildad de los culíes y la superioridad financiera de sus coterráneos no fue obstáculo para que se fortalecieran los lazos culturales, menos aún en situaciones de contingencia.

El problema definido en la vida de los inmigrantes chinos era la discriminación social a la que estaban sometidos y como única solución debían autoafirmarse culturalmente mostrando sus peculiaridades a la

sociedad receptora. Esta actitud tuvo efectos inmediatos, lo que al decir por prestigioso sociólogo español Manuel Castells (2003), «cuando las fuentes de negación de la identidad resurgen, cuando retornan los pendones victoriosos de la opresión histórica, entonces las identidades se revuelven, cavan sus trincheras de resistencia» (p. 2).

El antropólogo social noruego Frederick Barth (2011) corrobora que estos vínculos culturales internos fuera de las fronteras nacionales siempre son favorables para la consolidación de valores y tradiciones porque el grupo étnico, «en gran medida se autoperpetúa; comparte valores culturales fundamentales realizados con unidad manifiesta en formas culturales; integra un campo de comunicación e interacción y cuenta con unos miembros que se identifican a sí mismos y son identificados por otros, a la vez que constituyen una categoría distinguible de otras categorías del mismo orden» (p. 3). Una de las formas de autoafirmación que utilizaron los chinos fue la creación de asociaciones, institución que jugó un papel esencial en la protección de sus valores y tradiciones culturales.

Con la firma del Tratado en Pekín el 17 de noviembre de 1877, España y China finalizan la trata de culíes. Por esa fecha, un número considerable de estos estaba libre del sistema de contratación y sus vidas seguían otros derroteros. Las opciones eran limitadas: volver a contratarse para ganar el sustento diario, adquirir un pedazo de tierra para trabajar la agricultura, mantenerse vinculados al ejército mambí, acercarse a las ciudades más importantes de las regiones y articular pequeños negocios uniendo su capital con otros ex culíes conocidos o, trasladarse a La Habana donde quizás podrían encontrar mejores oportunidades.

Esas ilusiones preconcebidas con las que arribaron los culíes a La Habana, donde la llama de la esperanza en ser reconocidos y respetados dentro de la sociedad receptora los estimulaba a buscar trabajo, no fue de fácil alcance

debido a la influencia negativa del estereotipo en torno a los chinos que ya había alcanzado fuerza notoria en el continente americano.

Adame Arana (2014) se detiene en estos detalles y afirma que

el color amarillo queda en la memoria de muchas poblaciones como la referencia directa a un estereotipo construido [...] que se fue elaborando mediante discursos en torno a los rasgos físicos, las diferencias culturales y la distancia física, moral y de codificación cultural entre los receptores de la inmigración y los inmigrantes mismos. (p. 7)

La posibilidad de empleo más frecuente consistía en trabajar para chinos californianos, quienes se favorecieron con una fuerza de trabajo de plena confianza que no le reportaría grandes gastos y a la que manipularon hábilmente para que desarrollara los trabajos más pesados y, en algunos casos, utilizaron a los más hábiles y con mejor imagen para las prestaciones de servicios en sus empresas.

Sobre la prontitud con que las inversiones de los californianos rindieron sus utilidades indica Pérez de la Riva (2000) que «en 1879 se funda la casa más importante de todas Wong On y Cia que llegó a girar por más de tres millones de pesos y tuvo sucursales en Cienfuegos, Cárdenas, Colón y Sagua la Grande [...]... el estado de la colonia china al finalizar 1880 era comparado con el que tenían en Hawai antes de la Primera Guerra Mundial».

No todo fue efectivo para los empleados ex culíes, porque si bien es cierto que recibían un salario —aunque no compensaba el trabajo realizado—, hay que reconocer que tuvieron que adaptarse a convivir en situaciones degradantes, que manchaba la distinción y el reconocimiento alcanzado por una parte de la sociedad cubana que les agradecía su participación en la defensa de la nación.

De la Riva insiste en que la historia no olvida este particular cuando añade que

esa prosperidad fue totalmente negativa para chinos y cubanos, sirvió de vehículo precoz a la penetración del capital yanqui en nuestra Isla,

OFICIOS/

y si bien los californianos ayudaron en algo a los culíes, facilitándoles unos pocos empleos en sus tiendas, bancos y oficinas comerciales, desmoralizaron a los más, financiando el juego en gran escala y destruyendo, por cuantos medios estaban a su alcance, la tradición revolucionaria de los primeros tiempos. (p. 251)

Ambas percepciones coexistían en una sociedad donde el valor de la personalidad se juzgaba a través del dinero y no de las cualidades humanas, la explicación sobre este fenómeno social la ofrece Avtar Brah (2006), profesor emérito de Sociología en la Universidad de Londres y pionero en los estudios sobre la diáspora, quien, desde su experticia en temas de identidad plantea que «las historias de los grupos están inextricablemente unidas a las condiciones materiales de la sociedad, por lo que las culturas están marcadas por las condiciones económicas y sociales de cada grupo en las diversas etapas de su historia» (p. 42). Las diferentes condiciones de vida, entre los dos grupos de inmigrantes de la misma nacionalidad, elevaron a los californianos a un escaño social competitivo con la naciente burguesía criolla y marginalizó a los ex culíes, o sea, los «intocables».¹

En ese mismo año y bajo el poder de la dinastía Qing, se establecieron los consulados chinos en La Habana y Matanzas, lo que estimuló la fundación de varias sociedades con un abierto carácter comercial, independientemente de su condición regional, política, fraternal, secreta, instructiva, deportiva o cultural. Estas instituciones aglutinadoras tenían la función primordial de representar los intereses de los chinos ante el resto de la sociedad, siendo consideradas según el historiador estadounidense Adams McKeown (1999) —experto en temas de la migración transnacional— como «un espacio de autonomía para los inmigrantes chinos, como ciudadanos extranjeros más que como culíes» (p. 306).

En estos espacios de reunión se consolidaron los valores, se identificaron como grupo al compartir elementos culturales comunes como los juegos de

OFICIOS/

mesa, recuerdos, rituales, la comida y, fundamentalmente, el idioma. La institución se convirtió en el símbolo de la identidad, en el sostén de los recuerdos y en la base de las proyecciones futuras.

El sociólogo filósofo y ensayista polaco-británico de origen judío Zygmunt Bauman (2011), estudioso de las clases sociales argumenta que estos espacios de encuentros étnicos se conforman cuando el emigrante «no está seguro del lugar al que pertenece; no está seguro de cómo situarse en la evidente variedad de estilos y pautas de comportamiento y de hacer que la gente que le rodea acepte esa situación como correcta y apropiada, a fin de que ambas partes sepan cómo actuar en presencia de la otra» (p. 41). Al exterior de las sociedades chinas, los inmigrantes reconocían de inmediato las diferencias que los alejaban de los cubanos, las que se manifestaban en lo físico y lo emocional, con marcada diferencia en lo ético y el carácter.

Los chinos californianos, caracterizados por su probada habilidad en los negocios y su innegable espíritu laboral, impulsaron el desarrollo del naciente Barrio Chino y de otras comunidades chinas a lo largo de la Isla. Ahora bien, es preciso subrayar que no solo se notaba el florecimiento de dicha colectividad, también se acentuaban las diferencias entre sus miembros, quedando en los niveles más bajos de reconocimiento los chinos ex culíes.

María Teresa Montes de Oca Choy (2011), profesora titular de la Universidad de la Habana, presidenta de la Cátedra de Estudios sobre la presencia de la inmigración China en Cuba expone que «la característica esencial de la influencia del factor californiano en la presencia china en la sociedad cubana del siglo XIX fue el haber provocado no solo la estratificación del grupo poblacional chino, sino también la profundización del proceso de exclusión cultural que sobre los ex culíes se venía produciendo ya desde su introducción en la Isla como contratados» (p. 10).

Esta relación de menosprecio fue percibida por todas las capas sociales del país: en la colonia china los ex culíes eran marginados y esto motivó

su propia autoexclusión, por lo que continuaron ocupando el lugar más bajo entre sus coterráneos; dentro de la sociedad cubana su situación se tradujo en la realización de los trabajos más difíciles y en serias dificultades para formar un hogar, pues solo eran aceptados en las familias de blancos o mestizos en igualdad de pobreza.

Stuart Hall (1996) expresa que «las “unidades” proclamadas por las identidades se construyen, en realidad, dentro del juego del poder y la exclusión y son el resultado, no de una totalidad natural e inevitable o primordial, sino del proceso naturalizado y sobredeterminado de “cierre”» (p. 19). La comunidad china, que aparentemente defendía con fervor su identidad, llevaba en su interior el germen de los contrastes y así entró al siglo xx, simulando la existencia de la unidad étnica cuando resulta innegable la existencia de contrastes.

Aunque los chinos californianos continuaron arribando a Cuba hasta 1980 (Álvarez Ríos, 1995, p. 59) —según afirman estudiosos del tema, se impusieron las interrupciones migratorias hacia finales del siglo XIX. Asimismo, Diego L. Chou(1995), que ha desarrollado una carrera diplomática en el área de América Latina como embajador de la República de China en Paraguay y Panamá, también experto en ciencias sociales, añade que muchos chinos huyeron de la guerra hispano-cubana-estadounidense en 1898 a tal punto que «el Ministro chino en Washington pidió colaboración al gobierno estadounidense [...] y, ese gobierno envió buques para transportar chinos a los EE.UU» (p. 54) Estas causas provocaron una reducción considerable de la población china en esa etapa.

En esa misma época, se produce un acercamiento de la intelectualidad y la burguesía que, a escala internacional, mostró gran interés en el exotismo y la singularidad de Oriente, antes tratado con desdén por los teóricos e intelectuales europeos que, desde finales el siglo XVIII calificaron a la cultura oriental como estática y estancada en viejas tradiciones y valores.

Es efectivo señalar que, en el continente americano, a fines del siglo XIX, las mercancías de origen chino y japonés habían ganado fama, lo que fue aprovechado por los chinos californianos debido a grandes beneficios obtenidos respecto a su patrimonio económico. Al respecto, apunta Álvarez Ríos (1995) que aquellos, «en 1870 abrieron el primer establecimiento de ventas de productos de Asia en un local de las calles Sol y Villegas de La Habana Vieja, destinado a clientes adinerados [...] propiedad de tres banqueros, Lang Ton, Youi Shan y Lay Weng» (p. 59). Este comercio era visitado por todo tipo de persona que contara con el presupuesto para adquirir las piezas que, sin dudas, lucirían en palacetes o haciendas ante la mirada fascinada de sus invitados.

Mientras disminuía el número de ex culíes en Cuba, los californianos iban tomando mayor espacio en el mercado y, a la vez, revelaban sus formas de entretenimiento, las cuales eran totalmente desfavorables con respecto a la imagen cultural que se había grabado en la sociedad cubana si se tiene en cuenta que «la cultura es la encarnación, la crónica de la historia de un grupo», asegura Avtar Brah (2006, p. 42).

Esos hombres delgados, vestidos con ropa holgada y zapatillas, trabajadores que en su mayoría se ganaban el sustento como vendedores ambulantes, agricultores y pequeños comerciantes; respetuosos y poco expresivos, pero grandes defensores de la libertad y la dignidad, fueron disminuyendo en cantidad, lo que trajo como consecuencia que los californianos ocuparan casi la totalidad de los lugares de negocios en la capital.

Sin embargo, no todos los chinos que vinieron de los Estados Unidos por la vía de México y Nueva Orleans se inclinaron por la misma línea de negocios, algunos orientaron su capital hacia la industria azucarera y otras ramas de la producción, fundamentalmente, en territorios de la región central como Villa Clara y Matanzas, donde se habían creado reconocidas colonias chinas.

Respecto a la vida cultural de la colonia china en La Habana, la multiplicidad de proyectos que se fueron desplegando en el Barrio

Chino lo transformó en un indudable espacio público y cultural adonde afluyó una parte importante de cubanos y extranjeros residentes en la capital y en el resto del país.

Conclusiones

La sufrida incorporación de los culíes a la sociedad cubana y el obligado proceso de cambio al que fueron sometidos, trajeron consigo nuevas y extrañas formas de socialización dentro de la sociedad, con evidente desequilibrio en cuanto a la convivencia.

El vínculo desproporcionado entre inmigrantes del mismo origen étnico causó más realce entre los californianos y disminuyó la consideración hacia los culíes.

En el Barrio Chino se prestaron variados servicios de índole general o particular, según fueran las necesidades y exigencias de los clientes donde convergieron diferentes estatus sociales, ambos géneros, edades, formas de comportamiento e intereses que hicieron del lugar un área de socialización multicultural.

El proyecto sociocultural se fue consolidando en un contexto económico, cultural y político delimitado que trajo consigo la construcción de nuevos significados en el permanente proceso de construcción de la identidad individual, a la vez que la identidad de la nación se enriquecía.

Referencias bibliográficas

- Adame Arana, D. (2014): *El «peligro amarillo»: estereotipos raciales en California y el noroeste de México (1880-1930)*. Tesis de maestría. El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana.
- Álvarez Ríos, B. (1995). *La inmigración china en la Cuba colonial. El Barrio Chino de La Habana*. La Habana: Edit Publicigraf.
- Barth, F. (2011). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. Buenos Aires-Madrid: Editorial Buenos Aires.

- Bauman, Z. (2011). *De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad*. Buenos Aires- Madrid: Editorial Buenos Aires.
- Bhabha, H. K. (2011). *El entre-medio de la cultura*. Buenos Aires- Madrid: Editorial Buenos Aires.
- Brah, A. (2006). *Cartografías de la diáspora. Identidades en cuestión*. Cambridge Editorial.
- Castells, M. (2003). El poder de la identidad. *El País*, 18 de febrero, pp. 2-8.
- García González, A. y Álvarez Peláez, R. (1999). En busca de la raza perfecta. En: *Eugenesia e higiene en Cuba (1898-1858)*. Madrid: EBCOM, S.A Bergantín.
- García Triana, M. G. (2003). Los chinos de Cuba y los nexos entre las dos naciones. *Boletín Problemas Filosóficos, Sociedad Cubana de Estudios e Investigaciones Filosóficas*. Pp. 23- 30.
- Giddens, A. (2011). *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires-Madrid: Editorial Buenos Aires.
- Hall, S. (1996). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires- Madrid: Editorial Buenos Aires.
- L. Chou, D. (2002). *Los chinos en Hispanoamérica*. San José, Costa Rica: San José Editorial.
- McKeown, A. (1999). Conceptualización de la diáspora china de 1842 a 1949. *The Journal of Asian Studies*, 58(2), mayo, pp. 20- 28
- Montes de Oca Choy, M. T. (2011). *Los chinos en la nación cubana*. La Plata: Instituto Confucio UNLP.
- Moreno Friginals, M. (1960). *José Antonio Saco. Estudio y biografía*. Universidad Central de las Villas.
- Pérez de la Riva, J. (2000). *Los culíes chinos en Cuba (1847-1880)*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- Robins, K. (1996). *Identidades que se interpelan: Turquía/ Europa*. En: *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires- Madrid: Editorial Buenos Aires.
- Rose, N. (2011). *Identidad, genealogía, historia*. Buenos Aires- Madrid: Editorial Buenos Aires.

Sales Salvador, D. (2010). Identidades femeninas en la literatura postcolonial: Traducir a las mujeres dalit. *Revista deSignis* 12 (6), pp. 21- 30.

Notas

¹ El concepto de «intocable» ha variado a través del tiempo. La catedrática Dora Sales Salvador (2010), profesora de Biblioteconomía e Información en la Universidad de Jaume I en Valencia, describe que el término *dalit* significa «oprimido, deprimido», en lengua hindi. Los dalits de hoy en día fueron conocidos como «intocables» durante siglos, la casta más desfavorecida del sistema social hindú, el mayoritario en la India. Esta terminología cambió durante la administración británica, que prefirió hablar de «clases deprimidas», en 1919. Los dalits en la India han sufrido una terrible suerte de apartheid que lentamente está cambiando, pese a que todavía está latente. Aunque la Constitución india de 1950 declaró que la intocabilidad y la discriminación por casta eran ilegales, y que su práctica sería penalizada por la ley, la situación real es que las castas más marginadas en la India siguen en situación de desigualdad, palpable tanto en el orden cotidiano como político e institucional.